

GRACIELA ILLANES ADARO

LA NOVELA ESPAÑOLA CONTEMPORÁNEA

En la España de postguerra hubo un florecimiento de las artes y especialmente de la literatura. La novela alcanza un auge inesperado tan notorio que se ha hablado de un renacimiento. Parece que después de una conmoción que los ~~ha~~ agitado hondamente, los hombres se volvieron a sí mismos y contemplaron la vida desde otro ángulo. Es como un descargarse de angustia y traspasarse de serenidad. Surge, entonces, el arte, la creación como un medio de reafirmarse después de la tragedia.

Es muy diferente este espíritu al que sigue después del 98. Ahora hay un afán rector muy señalado. Directa o indirectamente se refleja el estado de depresión moral que precede a esta época, pero hay en toda ella afán de avanzar, de esplendor, de afirmar lo nacional.

En las obras posteriores e inmediatas a la guerra, surgen personajes, cuyos rasgos fundamentales de carácter llevan la clara impresión de esos años trastornados espiritualmente por el desastre nacional. En ellos se reflejan los componentes anímicos del momento histórico que tomaron, entonces, como en cada época en particular, una combinación propia, aunque los elementos de formación son siempre los mismos en la naturaleza humana.

Los nuevos horizontes de la novelística española se abren a partir de 1942. El tema de la guerra es el único que preocupa a los escritores de aquel entonces y hasta ese año. Después de él continúan todavía obras con este tema, pero aparecen otras con ideas y síntomas diferentes. "La familia de Pascual Duarte", de José Cela, sería la que abre estos nuevos senderos. Desde entonces son numerosos los valores jóvenes que empiezan a surgir, a los cuales puede estimárseles en cantidad y en calidad.

Según el juicio crítico de Sainz de Robles, los escritores de 1939 encontraron el clima y un ambiente intelectuales escasamente propicios a la creación literaria sosegada y, además, ignoraban por completo las novedades y las tendencias rectificadoras o renovadoras del género novelesco¹.

Esta fue, en el parecer de Juan Eduardo Zúñiga, una triste época "que la Providencia depara a veces para fortalecer las almas y ablandar los corazones" en que todo un ciclo cultural e ideológico sufre una convulsión terrible². Por esto los escritores anteriores, connotados, acallan su voz. Es como si la guerra los ahogara. Fue tan deprimente para ellos que secó sus fuentes. Su producción se agosta totalmente o desmerece. Son novelistas y cuentistas de comienzos de este siglo Concha Espina, Ramón Pérez de Ayala, Gabriel Miró, Salvador González Anaya, Alberto Insúa, Mariano Tomás, entre otros.

Entre 1940 y 1945 se destacan varios escritores de categoría. Entre ellos Carmen Laforet, Cela, Agustí, Darío Fernández Flórez.

A partir de entonces la novelística española contemporánea se abre nuevos derroteros. Insinúa soluciones a viejos y a nuevos problemas. Dos corrientes se observan en ella: los que quieren romper con la tradición anterior y los perfectamente fieles. Dentro de los que se pliegan a la tradición, están los que siguen la trayectoria puramente española y los que escriben novelas realistas, psicológicas, costumbristas, simbólicas, populistas, surrealistas de corte europeo.

Los de la continuidad tradicional hacen a lo más leves innovaciones en cuanto a la forma se refiere. Sus obras se caracterizan como las de sus ascendientes por el realismo, tendencia que se singulariza por captar un ambiente vivo, tejer en él una acción de esta índole, bastante desmenuzada; por la objetividad; por el lenguaje común, casi sin metáforas, ni imágenes poéticas; por algunos perfiles eróticos sin matices de perfidia o refinamiento. Y han heredado de sus modelos extranjeros, también en cuanto a lo tradicional se refiere, algunos elementos de la técnica, el análisis del comportamiento como derivación de una mentalidad determinada y una comprensión mayor de seres y cosas en razón de la particular manera de ser de

¹Federico Sainz de Robles: "Diagnóstico y pareceres acerca de la novelística actual". En *Estafeta Literaria*. Núms. 71 y 72. 1956.

²Juan Eduardo Zúñiga: "Comentario a la primera novela de una mujer". En *Estafeta Literaria* N° 30. 10 de julio de 1945.

cada cual. La novela extranjera no ejerce influencia decisiva. Sólo en forma vaga se observan algunas filtraciones de existencialismo en esas angustiosas realidades íntimas o del medio social. También habría alguna influencia del surrealismo que toma una forma muy española.

La novedad de algunos temas se debe al análisis de lo variado y multiforme. El elemento sociológico, político, histórico, psicológico le da diferenciaciones. El estilo apropiado a la situación, al medio, consigue también darle otro matiz a la temática novelística. Gracias a ello los argumentos aparecen remozados. La interpretación que cada autor hace de lo que observa, debida a su peculiar manera de ver las cosas, al tamiz de sus ideas, a sus modalidades de temperamento, le da novedad a los asuntos, unido a su peculiar expresividad, a su originalidad formal.

Los escritores actuales continúan como la mayoría de todos los tiempos en una rigurosa captación de lo que les rodea, que proyectan de acuerdo con su particular perspectiva, con su personal sensibilidad.

Se ha dicho que en el realismo imperante influye la ciencia, porque ésta con sus métodos científicos cada vez más minuciosos y de mayor rigurosidad ha enseñado a los sentidos a ser finos en la discriminación de multidistintas percepciones.

Los novelistas contemporáneos pertenecen, pues, en su mayoría, a la tendencia realista. Los personajes se describen con esmero. Sus retratos morales y físicos son recogidos con fina escrupulosidad, especialmente en aquellos rasgos significativos de su carácter que los destacan o individualizan. Si asientan los temas en determinado sitio, poblado reducido, apartado dan a los problemas lugareños trascendencia; se les hace universales a fuerza de circunscritos.

Según J. A. Fernández-Cañedo, el realismo que hoy domina en las letras españolas es más absoluto que el naturalismo, porque no se limita a reproducir el aspecto material de la vida, sino el binomio materia-espíritu que la constituye³.

Este concepto en el sentido con que es aplicado a la tendencia dominante en la prosa narrativa de cualquier tiempo, sirve para

³J. A. Fernández-Cañedo: "La joven de la Universidad de Oviedo. Año novela española" (1936-1947). Revista IX. 1948.

singularizar gran parte de la novela española de hoy. Entre los escritores que portan este estandarte están Camilo José Cela, Darío Fernández Flórez, Carmen Laforet, Juan Sebastián Arbó, Elena Quiroga, Ignacio Agustí, José Suárez Carreño, José María Gironella, Antonio Prieto, Rafael Sánchez Ferlosio.

Se puede, pues, afirmar casi sin reservas, que los novelistas de la presente generación apoyan su arte en el realismo tradicional español —espejo fiel de la actualidad circundante—, tan hábilmente cultivado por los maestros del siglo XIX. Puede decirse que es una especie de neoclasicismo con cualidades de la corriente romántico-realista de ese siglo y con otras de la renovación estilística llevada a cabo en el siglo XX. Unamuno y Baroja serían los maestros de esta joven novela española. Ambos son muy leídos por esta generación, considerada así en el sentido que el mismo momento histórico los agrupa. No puede —eso sí— decirse que constituyan escuela, porque no siguen una tendencia única y bien definida. No abogan por ninguna teoría artística o estética determinada. Cada uno sigue sus personales impulsos creadores y forma su mundo novelístico de acuerdo con su propio espíritu.

Señala también J. A. Fernández-Cañedo que los jóvenes novelistas españoles tienen tres maneras de proceder. Una de ellas sería estudiar minuciosamente a los grandes escritores del siglo XIX. Entre éstos se encontraría Zunzunegui.

La segunda sería la búsqueda de la creación pura. El ideal en la obra de arte estaría para ellos en lo puramente estético. Buscan la belleza formal y tienen por maestros a Gabriel Miró, a don Ramón del Valle-Inclán, a Azorín y a Pérez de Ayala. Pedro Alvarez Gómez sería un representante de esta tendencia.

Son bastantes los que se interesan por la perfección formal, los que tienen por el lenguaje una preocupación constante. Estudian, analizan a los grandes estilistas, y la mayoría ha logrado arquitectura perfecta en muchas páginas de sus obras, si no en todas ellas. No se puede señalar todavía, sin embargo, grandes plasmadores como los ya nombrados.

La tercera está basada en las siempre fértiles fuentes de la literatura española: el estudio de los siglos áureos. Camilo José Cela en "El nuevo Lazarillo", original evocación en el nombre de aquél de otros tiempos, representaría esta tendencia. Zunzunegui, con su obra

"La vida como es", en la cual hace citas de las obras cervantinas y del "Guzmán de Alfarache" también podría mencionarse.

Estas serían las actitudes que los escritores adoptan frente al problema de la técnica novelística.

Respecto a los que quieren romper con la tradición habría que decir que se mantuvieron en el comienzo aislados, en la indecisión, en la búsqueda de vetas inexploradas para su creación. Les era difícil expresar las nuevas ideas y sentimientos con originalidad y hacerlos fecundos. A juicio de Gonzalo Santa María, los escritores alejados de la huella que dejó el pasado han escrito novelas "metafísicas", entre las cuales coloca a "Nada", de Carmen Laforet, y novelas "humanistas"⁴.

En la actualidad puede hablarse con cierta propiedad de estas últimas. Los problemas derivados del hombre, de su ser esencial o existencial, su angustia —tema de nuestro tiempo—, son asuntos que la novelística realiza con todo éxito en el momento actual. Se trata de poner de relieve los problemas que acongojan a determinada persona en particular, y de allí obtener derivaciones muy generales. Es una reacción contra la deshumanización del arte que distingue la obra de escritores que se destacan en el primer cuarto de siglo. Ramón Pérez de Ayala, Benjamín Jarnés, Ramón Gómez de la Serna son algunos entre los que tienen un arte deshumanizado, contrario al ideal estético de los días actuales. El punto culminante de la novela española de hoy es un ser humano y su ambiente. Ha desaparecido el interés por crear entes intelectuales o abstracciones metafísicas.

Una modalidad muy moderna de la novela es el "tremendismo", tendencia literaria que se refocila con el horror. Los cuadros espantosos que describe no tienen belleza ni representan la verdad del arte. El tremendismo es una angustiosa posición espiritual; hace un exacerbamiento de lo deplorable, una deformación de lo humano.

La novela es una creación que pretende lograr la belleza del arte; no es posible querer alcanzarla entonces con todo lo desagradable puesto de relieve.

También se ha pretendido hacer novela objetiva. Llámase así a aquella narración que es copia minuciosa de la realidad y sin intervención ni interpretación del autor. Sería éste una especie de sismó-

⁴Gonzalo Santa María: "La novela española de hoy". Lo "metafísico" y lo "humanista". En "Correo Literario", de 1º de febrero de 1951.

grafo que registraría un ambiente dado. Su opuesta es la novela subjetiva, en la cual interviene el autor mediante la concepción, la interpretación y la proyección de su obra, o bien hace acto de presencia como en "La busca", de Baroja. En esta clase de obras aparece siempre la personalidad del autor, a veces cargada de sus elementos puramente individuales. De ellos quiere prescindir la novela objetiva, de ese bagaje propio que aporta cada autor a su creación.

En cuanto a otras características podemos indicar que la novela contemporánea es casi enteramente apolítica. Cultivaron novelas con el tema político Zunzunegui y Cecilio Benítez en el comienzo de su carrera literaria, pero después lo han dejado y se han abocado a otros asuntos. Se manifiesta —eso sí— una viva preocupación sociológica por el individuo desafortunado que conlleva una serie de dificultades, que le cuesta abrirse un derrotero en la vida, porque un medio material y sobre todo espiritual le inhibe y le sirve de lastre. Tal sucede en "Nada", de Carmen Laforet; en "Aún es de día", de Miguel Delibes y en "Sobre las piedras grises", de Juan Sebastián Arbó.

En la novela española contemporánea encontramos, pues, el planteamiento de una serie de problemas que preocupan al hombre de hoy.

La catolicidad es otra de sus características. Es una corriente universal esta vuelta a la religiosidad en la obra literaria. Las muchas creaciones francesas con este sentimiento son buen ejemplo de ello. En realidad es un movimiento subsiguiente a la Guerra Mundial de 1914-18, intensificado en España después de 1939.

Otra novedad de las letras peninsulares en la actualidad es el gran número de escritoras que poseen, como es de suponer, las generalidades anotadas, y algunas propias de su sexo. Esta época ha sido muy propicia a la novela cultivada por mujeres. En el prólogo de la "Antología biográfica de escritoras españolas"⁵ se indica este fenómeno, y recalca no sólo el número de escritoras, sino su calidad. Entre éstas se encuentran Carmen Laforet, María Luz Morales, Elena Quiroga, Dolores Medio, Luisa Forrellad, Carmen Conde, Ana María Matute, Carmen Martín Gaité, Elena Soriano.

Carmen Kurtz dice que no siempre el escritor comprende a la mujer y que el número de autoras es tan grande en la actualidad, porque

⁵Isabel Calvo de Aguilar: "Antología biográfica de escritoras españolas". Biblioteca Nueva. Madrid, 1954.

en las obras femeninas se halla la mujer "con consistencia, carne y huesos"⁶.

Los cultivadores actuales de uno y otro sexo se afanan por una constante superación, lo que ya hace destacarse a las letras españolas en el extranjero. No hay duda que seguirán logrando sus brillantes frutos dentro del campo realista de tan fuerte y tradicional raigambre en las letras peninsulares.

Es de esperar que la novela contemporánea que ha dado hasta este momento cuadros fieles de lo humano y sociológico no se detenga en su avance y logre, como en otras generaciones del pasado, valor de universal.

⁶Rafael Manzano: "Los novelistas españoles no saben comprender a las mujeres" (entrevista hecha a Car-

men Kurtz). En Estafeta Literaria Nº 55, 4 de agosto de 1956.